

ALTAS TERAPÉUTICAS

Con cierta frecuencia en Proyecto Joven celebramos el ritual conocido como “Alta Terapéutica”. En las últimas semanas he tenido la oportunidad de ser testigo de algunas de ellas sobre las que deseo compartir varias reflexiones. Tal vez éstas puedan alimentar la esperanza de aquellos padres de adolescentes que, ante las dificultades del día a día en la educación de sus hijos, se vean un poco desanimados.

Comencemos por aclarar el concepto. ¿Qué es un Alta Terapéutica?, ¿en qué consiste ese ritual?, ¿por qué se celebra?, ¿para qué sirve? Denominamos Alta Terapéutica a la finalización del proceso terapéutico en la que el paciente o usuario manifiesta explícitamente estar satisfecho con respecto al problema por el que acudió a la terapia y el equipo terapéutico también. Es, por tanto, un ritual de verificación y un motivo de alegría compartida con aquellas personas significativas en su proceso. Un ritual con el que se pone fin a una etapa; en el que se valora lo logrado y se mira con optimismo realista al futuro. Evidentemente, éste no está exento de problemas ni dificultades, pero haber adquirido e interiorizado nuevas herramientas y recursos permite a los padres y adolescentes verse capaces y con mayor confianza en sí mismos para afrontar su realidad.

Entre aquellas primeras llamadas telefónicas solicitando ayuda, realizadas con sentimientos de angustia, de impotencia y de desesperación y el ritual del Alta Terapéutica en el que predominan los sentimientos de alegría, de satisfacción y de gratitud, hay un proceso o camino que se ha andado. Los protagonistas principales son los propios usuarios, es decir, adolescentes, padres cuyos hijos no acuden y padres que han acompañado en el proceso a sus hijos.

Los motivos que llevaron a realizar este camino fueron una serie de conductas disruptivas relacionadas con la trasgresión de normas, con el absentismo escolar, con el abuso de sustancias y con la convivencia familiar deteriorada y carente de diálogo. A esto había que añadir los numerosos intentos de solución por parte de los padres que, en lugar de resolver los problemas, agravaban más la relación con sus hijos y la relación entre ellos mismos. En definitiva, todo el sistema familiar se veía afectado.

Ante esta realidad, consideraron poner cartas en el asunto porque en el fondo lo que mueve a los padres es el bien y el amor hacia los hijos. La comprensión encontrada, el compromiso personal de los implicados y la ayuda profesional ofrecida (que incorpora algo diferente en esa búsqueda de soluciones) fueron permitiendo descubrir poco a poco pequeñas luces que hacían ver con otros ojos el problema que tenían entre manos. Empezaron a creer que el cambio era posible y estaba siendo realidad. Es cierto que durante el trayecto no siempre funcionó todo de forma lógica; a veces se veían avances y otras veces daba la sensación de estar retrocediendo. Y es que las personas no somos robots programados para llegar de forma lineal a las metas que nos proponemos. Cambiamos en la medida que aceptamos nuestra realidad, vamos tomando conciencia de nuestros propios errores y nos proponemos determinantemente modificar el rumbo; esto es más patente en el caso que nos ocupa de los adolescentes. Difícilmente pueden cambiar las cosas en nuestro entorno hasta que no cambiamos nosotros mismos. “Ahora somos nosotros los que oímos los gritos y las discusiones de los vecinos”, (señalaba la

madre de un adolescente al evaluar al final del proceso lo sucedido en su ambiente familiar).

Evidentemente, para que los cambios sean consistentes se requiere de una buena dosis de paciencia, de constancia y de esfuerzo. La difícil pero gratificante tarea de educar a los hijos, requiere también de tiempo y de dedicación. Por todo ello, a los adolescentes, a los padres y a las madres que tuvieron el coraje de iniciar y concluir satisfactoriamente este camino, nuestra más sincera felicitación. Al finalizar, todos mencionan varios aspectos positivos de los que me parece importante destacar tres: en primer lugar, expresan que ha valido la pena hacer esto; en segundo lugar que ven con optimismo y esperanza el futuro y finalmente que lo recomendarían, sin duda alguna, a todos aquellos adolescentes y padres que estén pasando por problemas similares a los que ellos tenían cuando acudieron.

Ignacio Sancho Rodríguez
Educador social y terapeuta de Proyecto Joven
Programa de prevención de Proyecto Hombre. Burgos.